posición que hallaba en su ánimo y que mostraba más querer vengar a Diego Velázquez que servir al rey.

CAPÍTULO LXII. *Que Pámphilo de Narváez embarca para Cuba al oidor Lucas Vázquez de Aillón y no acepta ningún partido con Cortés; y Cortés habla a su gente y la parte para ir contra él a la costa*

CONSIDERANDO PÁMPHILO DE NARVÁEZ de cuanto impedimento le era el licenciado Lucas Vázquez y viendo que con más calor que primero trataba las cosas sospechando lo que fue, acordó de quitársele delante y con un escribano de cámara de la Real Audiencia, que había ido con él, y el alguacil, los mandó meter en una carabela y ordenó que los llevasen a Cuba, y con el oidor se envió a excusar que lo hacía, porque en el Audiencia no hiciese falta, y a Diego Velázquez escribió las causas por qué le enviaba y que con él se viniese. Diole cuenta de lo hasta entonces sucedido y de el mucho amor que hallaba que todos tenían a Cortés, la confederación que había hecho con los tlaxcaltecas y que por la multitud de indios que le seguían había dificultad en conseguir lo que pretendía, pero que con todo eso esperaba prenderle y enviársele con las informaciones de sus delitos. Lucas Vázquez se hubo también con los marineros, que acabó con ellos, que le llevasen a Santo Domingo; abrió el despacho de Narváez y vio lo que no quisiera de sí, y de todo dio cuenta al Audiencia. Viéndose Narváez libre de Aillón, imprudentemente amenazó a Santa Clara, si hablaba mal de él y le revolvía el ejército. Publicó la guerra contra Cortés y llamóle traidor y usurpador de la tierra. Ofreció premio a quien le prendiese o matase y a otros principales de el ejército, con que iba disgustando más a los que le aborrecían; y Pedro de Villalobos, un portugués, con otros siete soldados fueron los primeros que se pasaron a la Villa Rica y llevaron firmas de otros que se ofrecían de servir a Cortés, de que por momentos y de todo lo demás le avisaba Gonzalo de Sandoval, y otro soldado descontento de Cortés se paso a Narváez.

El capitán Salvatierra, amigo muy íntimo de Narváez y de los que más amenazaban a Cortés, le dijo que mirase que el fraile Olmedo era muy perjudicial en el ejército y que no traía buenos pasos, por lo cual acordó de prenderle, y sabido por Andrés de Duero, se lo impidió, diciendo que aquel fraile era mensajero y si tal hacía era incurrir en mal caso y que bastaban sus términos, fuera de razón, que se usaban, sin que se pudiese decir que en aquel ejército se hacían tantas cosas indignas de cortesía y que por ser religioso convenía respetarle, con lo cual Narváez no trató más de prenderle; el fraile continuaba en sus pláticas e inteligencias y los amigos de Cortés persuadían a Narváez que se viese con él y que para tratarlo se enviáse a Andrés de Duero y Gonzalo de Sandoval, que como capitán vigi-

lante no se descuidaba. Envió desde la Villa Rica dos castellanos vestidos como indios a llevar fruta y yerba y rescatar; estuvieron en el real, reconocieron cuanto había, sin ser conocidos, porque hablaban muy bien la lengua mexicana; y de camino, hallando descuidado el caballo de el capitán Salvatierra, se le llevaron a la Vera Cruz quedando él bien sentido del tiro y los otros con risa; y por otros caminos no se cesaba en levantar el ánimo de los soldados, con darles joyas y hacerles ofrecimientos. Acordó Pámphilo de Narváez de responder a la carta de Cortés, que llevó fray Bartolomé de Olmedo; díjole que llevaba provisiones reales para tener aquella tierra por Diego Velázquez, aconsejándole que se la dejase en paz, pues no le pertencía y de lo contrario le había de ir mal.

Andaba Cortés muy cuidadoso, pensando lo que había de hacer, porque por una parte le parecía cosa dura y de mucho peligro desamparar a Mexico y conocía la mala intención de los indios y a Motecuhzuma deseoso de verse fuera de opresión y a la mira del suceso que había de tener la venida de la nueva gente, y al fin conocía que había desamparado a Diego Velázquez y que no tenía título real y que sólo hacía de su parte lo que había servido y la voluntad que le tenía la gente. Continuaba en escribir a Narváez y los soldados le escribieron otra carta y por cuantas vías podía procuraba de reducirle a alguna forma de concierto; y por otra parte prudentemente se apercibía, para en caso que la cosa llegase a rompimiento. Pidió a Narváez que se viesen solos con diez o veinte compañeros, ofreciéndose de ir adonde le señalase y que no queriendo acetar le daría a Mexico y dándole trescientos hombres más se iría a descubrir y conquistar nuevas tierras y se obligaría hacer la costa a los castellanos que quedasen en Mexico; y que queriendo Narváez ir a los descubrimientos le favorecería desde Mexico, en que se haría mucho servicio al rey y se daría gran provecho a la gente; y que cuando de nada se contentase le mostrase las provisiones porque a la letra las obedecería. Ninguno de estos medios supo acetar Narváez, porque de los que se lo persuadían no se confiaba y daba crédito a los de contraria opinión, a los cuales parecía que Narváez estaba poderoso y que por estar flaco Cortés se movía de miedo y que no había para qué tratar de dar medios en lo ajeno. Las vistas con diez compañeros fue cierto que acetó Pámphilo de Narváez; pero habiendo escrito a Cortés, Gonzalo de Sandoval (que traía muchas espías sobre el campo de Narváez), le dijo que le certificaban que en aquellas vistas había de ser muerto o preso; por lo cual le envió a decir que pues no había querido acetar los partidos que le ofrecía, que no quería vistas y que supiese que no habían de cantar dos gallos en un muladar, que aparejase las manos y comenzó a tratar de irle a buscar.

Mientras estaba en duda la ida en busca de Narváez, había mandado a toda la gente que aparejase las armas y todo lo que cada uno había de llevar y que todos estuviesen muy a punto para cuando conviniese partir. Envió a un soldado, llamado Tobilla, muy diestro en todas armas (especialmente en jugar de pica) a Chinantla, adonde se hallaba Barrientos para que se buscasen trescientas picas o lanzas, porque aquellos indios las usaban dos

brazas más largas que las de Castilla, y pues había cobre, se hiciesen dos hierros para cada una, conforme a la muestra que dio y se quitasen las navajas con que los indios usaban armarlas y que le ayudasen con dos mil hombres de aquella nación; todo lo cual fue presto apercibido y los hierros hechos más primos que la muestra que se llevó. Determinado Cortés en su ánimo de ir a buscar a Narváez, mandó juntar la gente porque oída una misa del Espíritu Santo, la quería hablar sobre negocio muy arduo; y acabada la misa les dijo que bien sabían que habiéndoles querido algunos revoltosos estorbar la salida de Cuba, con esperanza de la buena dicha que habían de tener, los trajo a Nueva España y que habiéndose fundado la Villa Rica, le eligieron por su capitán, y las victorias que habían tenido hasta que los metió en Mexico, adonde Dios les había dado la buena ventura que habían visto y la esperaban mejor; y que habiendo enviado al rey relación de lo hecho con su quinto y un presente, el navío se salvó de las manos de Diego Velázquez, para que llegase a oídos del rey y se entendiesen por el mundo hechos de hombres jamás oídos, con que su memoria quedaría eterna y perpetuada en todos los siglos. Lo cual había dado tanta pena a Diego Velázquez que para escurecer esta gloria había enviado (como vían) a Pámphilo de Narváez, hombre escaso y miserable, cabezudo, recio, poco amigo de dar contento, muy casado con su parecer; el cual había echado de sí al licenciado Aillón y maltratado a Bernardino de Santa Clara, porque le aconsejaban que se concertase; lo cual no había hecho, confiando en las fuerzas que llevaba y que con la misma arrogancia había distribuido los bienes de los que allí estaban y condenado sus personas, diciendo a los indios que eran traidores y que iba a castigarlos y dejarles la tierra libre; y que pues los trataba como a infames, ahora considerasen cómo se llevaría con ellos, cuando los tuviese en su poder y que pues tenían obligación de volver por sus vidas, honra y haciendas y mantener la opinión en que estaban, de hombres valerosos, siquiera para no perder aquel pie que tenían ganado para el aumento de la fe que habían comenzado a sentar, y sus descendientes no perdiesen la gloria que los podían dejar, si se tenían por los mismos que hasta entonces habían sido; determinaba (si les parecía) dejar los que fuesen menester en Mexico, y con los que voluntariamente le quisiesen seguir, acometer a Pámphilo de Narváez, pues siempre el acometedor vence; aliende de que no les faltaba el favor de Dios, y los tlaxcaltecas ayudarían y otros que tenía prevenidos, especialmente que tampoco faltaban amigos en el ejército de Narváez y él se ofrecía de ser el primero en los peligros y trabajar doblado por la causa de todos. Levantóse entre la gente un pequeño rumor, hablando unos con otros; pero tomando la mano algunos capitanes dijeron que conocían la buena dicha que Dios les había dado desde que salieron de Cuba, debajo de tal capitán, y lo que le debían y que por tanto no tenían otra voluntad sino la suya, que determinase lo que fuese de su gusto, que sus vidas y haciendas las ponían en sus manos. Y pareciendo a Fernando Cortés que tenía la gente con buena disposición de ánimo, ordenó que cada capitán supiese cuáles de los soldados irían con mejor voluntad y cuáles quedarían, y que Pedro de Alvarado

quedase en Mexico con ciento y cincuenta soldados, a quien encargó que sirviese a Motecuhzuma con grandísima reverencia y que todos viniesen con mucha quietud, pues en la ocasión en que se hallaban era más peligroso el provocar a los indios, a desdén, que nunca, y a los capitanes y soldados que habían de quedar encargó la obediencia de Alvarado y que en todo hiciesen su deber y prometió socorrerles cuando algo se ofreciese.

CAPÍTULO LXIII. *Que Fernando Cortés sale a buscar a Pámphilo de Narváez; y Narváez parte en busca suya, aunque después se volvió a retirar a Cempoalla*

DETERMINANDO FERNANDO CORTÉS de no detenerse en salir a buscar a Pámphilo de Narváez, acordó de hablar al rey Motecuhzuma; díjole que desde el día que había mandado que saliese de su tierra, había deseado obedecerle y que ya tenía más cumplida y verdadera información de la gente que había llegado, que era su hermano Pámphilo de Narváez, con orden de visitar a su alteza de parte del altísimo príncipe, el rey de Castilla y de León y de darle un presente que llevaba de su parte y que había acordado de irle a recibir para acompañarle a Mexico y volverse todos juntos a embarcarse en aquellos navíos que nuevamente habían llegado, y que aunque se había dicho que entre ellos había enemistad, no era más de una orden que el rey le había dado para vengar el mal que hallase que en aquellas partes se hubiese hecho a los castellanos y que por tal causa iba tan poderoso y que dejaba en su lugar a Pedro de Alvarado, que serviría a su alteza con mucho acatamiento y que le suplicaba que a él, ni a nadie de los que quedaban, permitiese que se hiciese daño pues que al cabo no podía dejar su alteza de quedar de ello deservido. Quedó Motecuhzuma muy suspenso porque desde que se tuvo aviso de la llegada de Narváez, le dijeron que no había conformidad entre él y Cortés; pero estimábale en tanto que dándole crédito le respondió, trayéndole a la memoria lo que le había regalado y contra la voluntad de sus dioses sufrido y defendido de sus súbditos, estándose de buena gana con él por esta causa; y que pues quería ir a recibir a su hermano, fuese en buena hora, con que echa la embajada y dado el presente se fuesen, pues tenían navíos para excusar el escándalo que de lo contrario había de nacer; y que le prometía de tratar bien, entre tanto que volvía, a Pedro de Alvarado y a los que quedaban con él, sin consentir revueltas, y que viese lo que había menester para el camino, que de todo sería proveído; y luego ordenó que se le diese cuanto fuese menester; porque el mayor cuidado que Motecuhzuma tenía era verse libre de aquella gente y mucho más después que supo, que demás de la confederación que Fernando Cortés tenía hecha con los tlaxcaltecas, la había hecho con los chinantecas y con otros, de donde infería que de la estancia de los castellanos en su reino, no se podía seguir ningún bien.